

todo lo que le rodea. . . . . Sus miembros destilan un sudor copioso, é impulsado por la ira y por el espanto, fija una cuerda á un árbol, anuda en la extremidad su cuello y se deja caer en el vacío. . . . .



## EN LA TORRE ANTONIA.

IMPONENTE y de maciza construcción, se levantaba la Torre Antonia en amplia esplanada, sobre la que surgía una altura rocallosa, fortificada desde los tiempos de David y en la que más tarde los Macabéos construyeron una especie de palacio, en que el Procurador de Roma acostumbraba alojarse cuando venía á Jerusalem, para las fiestas ó por algún otro motivo.

A esa Torre se dirige el tumultuoso cortejo que arrastra á Jesús.

Los gritos de la plebe que se acerca, obligan á Pilatos á salir de su estancia, para preguntar cual era el motivo de ese alboroto y dar orden al Centurión de la guardia, para que introdujese á los pontífices, á los escribas y á los ancianos que figuraban al frente de aquella crecida asamblea, al Litostrotos, que era un

patiecillo pavimentado de mármol rojo, en el que se hacía justicia. Pero ellos no quieren entrar, porque pisando el umbral de la habitación de un pagano, se harían impuros y no podrían celebrar la pascua. Avanza, entonces, hacia ellos, Pilatos y viendo al Nazareno atado con cadenas, herido y cubierto de sangre, pero lleno á la vez de dignidad, se conmovió, y pregunta con tono duro:—

—“¿De qué acusais á este hombre?”

—“Si no fuese un malhechor no te lo habríamos traído, responde uno de los más caracterizados del Sanhedrín.

Y con esto quiso decir. “Ya lo hemos examinado y juzgado; á tí te toca solo sancionar nuestra sentencia. Pilatos replicó entonces: “Tomadlo y juzgado según vuestra ley.”

— No tenemos ya derecho de condenar á nadie á la pena de muerte. replicaron.

El odio que alientan contra Jesús, el espíritu de venganza que les anima, les lleva á hacer, ante el odiado romano, esa humillante confesión de su libertad perdida, más rehaciéndose, agregan: “Le hemos sorprendido sublevando al pueblo, prohibiéndole pagar el tributo á César y llamándose el Cristo-Rey.”

No se preocupa Pilatos con esta acusación, sino que él mismo quiere interrogar al prisionero, y ordenando que un piquete de soldados haga subir á Jesús, por la grande escalera de mármol, entra á su estancia, á la que pronto llega el Nazareno.

Se puede decir que en aquellos momentos, encarnadas en dos individuos, frente á frente, estaban dos sociedades: la romana, en la plenitud de su poder, aunque sordamente amenazada por los vicios que la llevaron á la ruina y á la desolación; y la naciente sociedad cristiana que, oprimida y perseguida, como

perseguido y oprimido era en aquellos instantes su fundador, triunfaría, no obstante con El, de la otra,

En el breve diálogo que sostuvo con Pilatos, Jesús representa más bien el papel de Juez y de Maestro que el de reo. Al preguntársele: ¿Eres tú el Rey de los Judíos? responde: “Mi reino no es de este mundo; pero yo soy Rey, por eso he nacido y he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. El que es de la verdad oye mi voz.”

“¿Qué cosa es la verdad?”, pregunta Pilatos.

Esta ansia, esta sed de la verdad que atormenta al mundo romano, será en aquel que escuche la palabra de Cristo; pero Pilatos no espera esa respuesta; se alza confuso ante el gran problema para el que no encuentra resolución en el paganismo de su pueblo, en el excepticismo doctrinario de sus filósofos y en la hipocresía de los sacerdotes judaicos. ¿Qué es la verdad? se repite y nadie le contesta.

Lleva á Jesús ante el pueblo, y al calmarse los clamores de éste, dice: “No encuentro en él causa para que sea condenado,” esperando así poder libertad al prisionero. Pero sacerdotes y pueblo, renuevan sus renunciaciones y lo acusan á gritos. Interrogando nuevamente á Jesús, nada responde, y encerrándose en solemne silencio, lleno de austera calma, hace que el Procurador se maraville y se sienta poseído de terror.

La multitud notando esa incertidumbre, insiste, diciendo: “Este es el instigador del pueblo de la Judea, como ha instigado á la Galilea.”

Una luz brilla en la mente del Romano, quien ordena que el Nazareno, con una escolta de legionarios, para defraudarle de los arrebatos de aquella chusma, sea conducido ante Herodes, Tetrarca de Galilea, recientemente llegado á Jerusalem, para presenciar las fiestas.

Pilatos sigue con la vista, á aquella muchedumbre que se aleja. Llégale aún el eco de los gritos, de las maldiciones, y de las amenazas, en tanto que se siente él, feliz por haberse sustraído de una gran responsabilidad: es esta la alegría del egoísmo, que siempre está en pugna con la conciencia y con el deber.

El nombre solo de Herodes Antipa, despierta el recuerdo de la muerte del Bautista, inmolado injustamente, y en el fondo del sombrío cuadro aparecen dos abyectas figuras de mujer: Herodías, la adúltera miserable y Salomé, la joven que entre danzas lascivas y la orgía del banquete, pidió, con todas las gracias de su seducción, la cabeza de un hombre impávido y fuerte.

¡Qué viles son todos los perseguidores, todos los verdugos de Jesús!

Herodes el Grande, que desahoga su miedo en niños recién nacidos; Herodes Antipa, que por una promesa insensata concede la cabeza del Precursor; Caifás y Anás, que compran con dinero una horrible traición; Judas que recibe el precio de su infamia; Pilatos que por temor de perder la gracia de Tiberio comete la iniquidad de clavar en la cruz á aquel á quien él mismo proclamara inocente. ¡Qué caterva de villanos!.....

Los legionarios impidieron ciertamente, que Jesús fuese muerto y despedazado por aquella turba ebria de sangre y de furor; pero no lograron impedir que se le vilipendiese, y afrontase con insultos terribles y se le hiriera con incontables golpes.

Herodes tenía ya antecedentes del Profeta; deseaba con ardor verle, y así lo hizo pasar al suntuoso palacio, enriquecido con toda la fastuosidad oriental. Ardían perfumes sobre urnas de plata en los ángulos

del salón; sedas de Damasco y púrpura de Tiro, cubrían los cojines de los cortesanos, mientras que el Tetrarca, se sentaba en una especie de trono, sobre tapetes frangeados de oro, tan suaves como si fuesen de pluma.

Mil preguntas hizo Herodes al Nazareno, sobre su doctrina, sus milagros y su sér; pero ninguna respuesta brotó de los labios de Jesús. Empleó ruegos y amenazas, pero todo fué inútil. Con la cabeza inclinada, el Salvador no alza siquiera los ojos para dirigirlos al rostro del príncipe disoluto y cruel, al asesino del Bautista. ¡Quien sabe á qué meditaciones se entregaba la mente divina del Mártir! ¡Quien sabe qué visiones esplenderían en su alma infinita!

Herodes considerando inútil todo, túvole por un loco; ordena que le pongan una vestidura blanca y le lleven otra vez á Pilatos! Y así la veste blanca, emblema de inocencia y signo de dignidad, fué puesta á Jesús, al immaculado, al dulce, al inocente Rey!

¡Los pontífices, los escribas, los ancianos y la soldadesca que invadieran el palacio de Herodes, le cubren de oprobio y de bofa, para exponer al ludibrio á aquel loco que pretendía enseñar á los doctores de la Ley! Y así para llevarle nuevamente ante Pilatos, toman el camino más largo y más concurrido, para que todos le vean y descarguen sobre El, sus injurias y sus dieterios. La multitud más envilecida le rodea, vociferando terriblemente. En aquel camino en que resonara poco tiempo antes el Hosana. escúchanse ahora las frases más insolentes, y los dictados más injuriosos. Las marejadas de aquella masa humana que se estrecha, imprimen al Salvador, sacudidas dolorosas, que le hacen vacilar, flaquear, tropezar y al fin caer.

Pilatos escucha, nuevamente, á lo lejos, un rumor

que se aproxima, que va creciendo y llega á hacerse ensordecedor cuando la turba está frente á su palacio. El Procurador se llena de turbación. Hace que le lleven á Jesús, preséntalo una vez más al pueblo, diciendo: "En este sedicioso que me habéis traído, ni Herodes ni yo, encontramos culpa alguna." Le castigaré y lo pondré después en libertad."

Era esta una injusticia notoria. Si debía considerarse como reo al Nazareno ¿por qué ponerle en libertad? y si como culpable ¿por qué no condenarlo? ¡Que estúpida sentencia!

Se acostumbraba entre los hebréos que con motivo del día de Pascua el magistrado levantase la pena impuesta á un reo; y Pilatos pensó en esto. Condenado á muerte á un ladrón, un asesino de la peor especie, estaba en la cárcel, esperando que se le ajusticiara. El Procurador que deseaba salvar al Nazareno sin comprometerse, no obstante, dijo al pueblo: ¿Queréis que suelte á Barrabás ó á Jesús, que se llama el Cristo? ¿Queréis que ponga en libertad al Rey de los Judíos? Y recaló estas últimas palabras, con acento de mofa, para aquel pobre Rey, que con su veste blanca, inmóvil y silencioso, esperaba pacientemente.

Un horrendo aullido se escucha; miles de voces se fundieron en una sola para gritar: "Suelta á Barrabás." Parece esto imposible al Procurador y repitiendo la pregunta, oye que le contesta:—"Suelta á Barrabás, suéltalo," ese aullido infernal.

¿Qué debo hacer, entonces, de Jesús que se hace llamar el Cristo?

¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!

—¿Pues qué mal ha hecho este desgraciado? Yo no encuentro en él, nada que merezca la muerte. Lo castigaré y lo pondré en libertad."

Era claro que Pilatos estaba dispuesto á darles

gusto, al menos en parte. Insistiendo, pronto vencerían su vacilación. y por eso, el clamor salvaje repite: ¡Crucifícalo! queremos que sea crucificado."

"Y así nace en aquellos instantes, en aquel pueblo y con semejante grito, el primer pensamiento de la crucifixión del Salvador. Grito terrible, cuyo lúgubre eco, flota aún en los siglos, en los espacios del universo y en la historia, y deja sentir su efecto moral inmenso." (Vito Forneri).

La actitud de aquella muchedumbre, se hace de más en más amenazadora. Los legionarios estaban listos para acudir á las armas, á una señal de Pilatos; pero este dice unas palabras en voz baja á un oficial, que entra rápidamente al palacio, mientras que un esclavo sale de él y presenta al Procurador una tabla sobre lo que se leen estas frases:—"No te mezcles en la suerte de este Hombre justo; por la noche tuve sueños que me turban aún, en los que le miraba."

Era Claudia Prócula, mujer del Romano, la que enviaba á avisar á su marido que no tomase parte alguna en el asesinato legal de Jesús que está para realizarse. El tumulto de aquella horda salvaje, los gritos que profería, debieron llegar á oídos de ella, que reposaba en su estancia. Los criados le refirieron, sin duda, la situación de Jesús y por eso, el alma naturalmente buena de esa mujer se movió á compasión por el desdichado Nazareno. Y entonces, al recuerdo de su sueño agitado de la noche anterior, no pudo menos de enviar aquel aviso á Pilatos. Las obras del Salvador le eran conocidas y por ellas experimentaba quizá, una secreta simpatía hacia el que sembrara tantos beneficios y predicase una doctrina de amor y de dulzura, confirmada siempre, por las acciones de su propia existencia. Aunque Claudia Prócula fuese pagana, la elevación natural de su espíritu la obliga-

ba á inclinarse al culto de un Dios, puro y perfecto, más bien que al de múltiples divinidades, plagadas de todos los vicios é imperfecciones, por lo que si no abrazaba aún la fe, se sentía al menos arrastrar á ella, por impulso soberano.

En la alta sociedad romana de aquellos tiempos, era de moda el *ajudaizarse*, Claudia no hacía misterio de que se inclinaba al credo del os Hebréos. Movida de piedad hacia Jesús, cuidadosa del buen nombre de su marido y deseando no verle envuelto en la responsabilidad de una injusticia tan manifiesta, cual era la de secundar el odio de un pueblo entero contra un inocente, se levanta como defensora única en este terrible proceso, en el que todos acusaban y ninguno defendía. Con las breves palabras escritas en la tablilla encerada, hace una recomendación apremiante á su marido y envía un esclavo en los momentos en que se va á pronunciar la sentencia.

La figura piadosa y simpática de esta mujer, medio oculta en las sombras del misterio, se une idealmente en nuestra fantasía á la de las otras mujeres que con su dulzura y ternera traen una nota suave de amor y compasión para Jesús, que ha sido abandonado de sus apóstoles, de sus discípulos y de sus amigos.

Tu afectuosa intervención loh Claudia Prócula, no bastará para salvar al Nazareno de la muerte, ni para librar de la infamia á tu marido; pero tu nombre quedará entre el de los buenos; y la memoria de tu piedad se conservará entre los recuerdos dulcísimos de la Pasión del Divino Maestro.

Refiere una antigua leyenda, que después de la muerte de Jesús, la mujer de Pilatos se convirtió al cristianismo. Probablemente es ella la Claudia de que habla San Pablo en su epístola á Timoteo, saludándola el apóstol, con el nombre de

amiga. La Iglesia Oriental la ha puesto entre sus santos y celebra su fiesta el 27 de Octubre, con este título:—“Santa Prócula, mujer de Pilatos.”



## LA FLAGELACION

---

**N**O vaciló el Procurador en considerar á Jesucristo como Justo y en declararlo así á la multitud; sin embargo, no quiso comprometerse; y cuando falta la energía necesaria para asumir francamente la responsabilidad de los actos propios, se tuercen la conciencia y el deber, y de precipicio en precipicio se llega hasta el abismo. Así aconteció á Pilatos. La estratagemata de enviar al Nazareno á Herodes, no le valió. Comenzaba á comprender que se vería obligado á sacrificar la vida de Jesús, permitiendo que su sangre se derramara.....

Pilatos, entonces, hizo que un esclavo vertiese agua sobre sus manos, para lavarlas, y volviéndose al pueblo dijo:—“Soy inocente de la sangre del Justo. Vosotros responderéis de ella.”

¿Esperaba, acaso, que la muchedumbre ante la que efectuaba aquella formalidad prescrita por la ley de Moisés, cambiase al propósito y sediese?

Empero, el grito que se produjo, debió apartarle

présto de su engaño: “Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos” vociferaron aquellos demonios, poseídos de un odio satánico que llegaba al paroxismo, á la ferocidad.

¡Todo un pueblo reclama para sí y para sus descendientes la madición que arrastra la sangre vertida injustamente! ¿No piensan, por ventura, esos insensatos, en los niños que dentro de sus hogares les aguardan, mecidos en los brazos de amantísimas madres?

¡Cuando cuarenta años más tarde, los jóvenes y todos los sobrevivientes vieron las legiones de Tito, invadir, incendiar, destruir los palacios, el Templo soberbio y la Torre Antonia; cuando la sangre de los ciudadanos hebreos y de los niños, crucificados, muertos y destrózados, se derramaba á torrentes, debieron de recordar todos, aquel grito tan plena, tan completamente oído en lo alto!

Notabilísimo hecho. El juez romano ante la nación que representaba la verdadera conciencia religiosa del mundo, declaró solemnemente, por cinco veces, la inocencia de Jesús, con una voz, cuya eco parece atravesar veinte siglos y llegarnos aún, con claridades infinitas. No obstante eso, el inicuo magistrado entrega al más inocente de los hombres para que se le flagele.

La flagelación era un tormento horrible, y á veces producía á los condenados á ella, la muerte.

Habiendo despojado á Jesús de su ropaje, ligadas las manos por la espalda, se le ató á una columna baja, para obligarle á que tuviese el dorso encorvado y la piel extendida. Provistos los lictores de cuerdas anudadas, de azotes con puntas de plomo, de ramas espinosas, de varas de hierro y cadenas con ganchos, dejan caer todos esos instrumentos de suplicio, sobre

el cuerpo de aquel Mártir, que se extremece y palpita, alentando, no obstante, un sentimiento inmenso de resignación y de sacrificio. Los golpes suceden á los golpes; aquellos malvados sayones redoblan su furia y unen sus gritos á los del pueblo que contempla, con salvaje voluptuosidad tan espantoso espectáculo.

La Virgen Santísima contó á Santa Brigida, en una revelación, la escena atroz que presenciara. "Estaba atado, enteramente desnudo, como en el día de su natividad y lleno de vergüenza de hallarse en ese extremo. Desaparecidos todos sus amigos, sus enemigos se habían levantado y le rodeaban, flagelando á este cuerpo tan puro, exento de todo pecado. Al primer golpe caí yo como muerto. Habiendo recordado mis sentidos, vi su cuerpo acardenalado, desollado hasta las costillas, pues se veían los huesos desnudos y lo que era aún más horrible. las varas al levantarse, llevaban fragmentos de carne. Y veía á mi hijo sangriento y lacerado bajo los golpes que no cesaban."

Escuchábase la vibración intensa de los azotes, seguida por el rumor seco que producían al caer. Los verdugos, dice el Abate Bolo, señalaban con su respiración jadeante el compás de los golpes y era aquello un torbellino de dolores, de movimiento, de polvo y de restos sangrientos.

La calma divina del Maestro continúa. Su resignación suprema que no estalla en gemidos, les irrita, y su silencio, les enfurece hasta lo inconcebible, y por eso, aquellos miserables avivan sus energías; y como silbos de serpiente, siguen los látigos desgarrando el aire, para herir, con ímpetu formidable, al Galileo y obligarle á que prorrumpe en alguna queja y lance algún grito que revele su padecer.

Ahora, todo Jesús es una llaga; sus verdugos mis-

mos están cubiertos de sangre. Del inmenso, del infinito sufrimiento del Nazareno, sólo hay una débil manifestación: el respirar fatigoso de su pecho y el temblor que mueve su cuerpo, así como se extremece el manso corderillo bajo el puñal del que lo degüella y del mismo modo que se agita un campo de lirios al paso de la tempestad.

Saben aquellos hombres inicuos que el Maestro ha querido hacerse pasar por Rey de los Judíos, y un pensamiento infernal asalta sus mentes: buscan un lienzo rojo que semeje la púrpura real, y encontrándolo, se precipitan sobre Jesús, le derriban por tierra, tiran de sus brazos descarnados y por fin, le ponen aquel harapo, diciendo:—"He aquí al Rey de los Judíos"

"¡La corona, ¡ la corona, ¡ añaden, para que sea de veras rey."

Y con ramas de espino hacen una diadema de agudísimas puntas, que colocan en las sienas de Jesús.

Las espinas al penetrar en aquella cabeza santísima, hacen correr, en abundancia, la sangre del Justo, velando con nubes rojas, su mirada llena de dulzura y su rostro bondadosísimo.

En las manos le ponen una caña, como cetro irrisorio que simbolice el sarcasmo de su soberanía. Un concierto atronador de risas y de burlas, es el primer saludo con que se acoge á ese pobre rey; y obligándolo á sentarse, desfila ante él, la soldadesca, doblando la rodilla, á la voz de "Ave rex Judeorum."

Y los primeros homenajes de aquella canalla, son la saliva que le lanzan al rostro, las bofetadas que le hieren, los empujones que le dan y los infinitos vituperios y atroces insultos, que recibe El con mansedumbre sin igual.

Pilatos, entre tanto, piensa que la flagelación su-

frida por Jesús, puede haber ya satisfecho la ferocidad de aquel pueblo que desprecia y á la vez teme. Desde lo alto de la escalera de mármol, hace señas á un centurión para que le lleve al Nazareno, quien desangrándose terriblemente, con los piés destrozados, lívida la faz, y pudiendo apenas sostenerse sobre sus piernas debilitadísimas, comienza á ascender, con inmensa angustia, por aquella larga escalera: cada paso es un indecible tormento. En lo alto le espera el Procurador, para mostrarlo al pueblo que inunda la gran plaza. Mientras el Galileo se arrastra dificultosamente por la galería de jaspes, Pilatos se acerca al balcón é indica con la mano que va á hablar, calmando así los rugidos del populacho, que se escuchan como los de un mar en tempestad.

“Os lo traigo hasta aquí, dice, para que veais que no encuentro en El motivo para condenarle.” Y el Martir Divino, cual lúgubre silueta, se destaca entre las columnas del balcón, en tanto que Pilatos, en tono más alto y con acento compasivo para esa víctima desdichada, grita á aquella manada de tigres:— “¡Ecce Homo! ¡He aquí al Hombre!”

La súbita aparición del Nazareno, aquel grito “Ecce Homo”, que significa: ¿No veis á lo que he reducido á este Hombre para saciar vuestra sed de sangre y de venganza? ¿No os basta esto?, produjo un momento de estupor, de silencio general. Pilatos vio brillar un rayo de esperanza, mas los Pontífices y los Jefes del sacerdocio, gritaron prontamente:

“¡Crucificadle! ¡Crucificadle!”

“Tomadlo y crucificadlo vosotros, dijo entonces Pilatos. Yo no lo encuentro reo de culpa alguna.”

Y espera la respuesta. Una voz, probablemente la de un Pontífice, tronó: “Nosotros tenemos una ley

según la cual debe morir, porque se ha llamado el Hijo de Dios.”

Y estas frases fueron como una corriente eléctrica que invadió á la multitud: “Sí, debe morir” aulló aquella plebe salvaje.

¡Se ha llamado Hijo de Dios!.....  
¿Y si acaso lo fuese? pensó Pilatos, en cuya alma, aunque escéptica, hallaban eco los vaticinios de filósofos y poetas griegos, como Platón y Esquilo que hablaron de un *Justo*, de un *Hijo amado*, como lo hallaron también, las cadencias de los versos de Virgilio y algo más que envolvía el temor de la venganza del cielo. Pero si Jesús era verdaderamente un Dios ¿Cómo reconocerlo?. Pilatos sabía que el acusado era galileo de Nazareth y sin embargo conduciéndole aparte, con ansia le preguntó: ¿De donde eres?, como si quisiese penetrar el secreto de su origen.

Pero Jesús no desplegó sus pálidos labios y nada dijo.

—¿Por qué no respondes?, insiste Pilatos. ¿No sabes que yo tengo poder de crucificarte ó de restituirte la libertad?

Con voz tranquila que el largo padecimiento hacia débil y cansada, pero que encerraba timbres de dulzura y de misericordia infinitas, respondió el Maestro:— “Tú no tendrías ninguna potestad sobre mí, si no te hubiese venido de lo alto; y he aquí porqué el delito de los que me han entregado á tí, es más grande que el tuyo.”

El Procurador vacila una vez más, y está resuelto casi á poner en libertad al prisionero, cuando oye un grito que le turba: “Si lo sueltas no eres amigo de César, porque el que se hace rey se revela contra el César.”

Pilatos palidece, se vé perdido, se juzga denun-



ciado á Tiberio como cómplice del que se titula "rey", en una provincia del Imperio y que por ese mismo hecho, es reo de lesa magestad. Entonces, todo se pierde para el Galileo.

El temor, la ambición, el egoísmo y la avilantez deben triunfar. Para que el acto revista toda la solemnidad de la ley, el Procurador tomó asiento en el Litostrotos, y á su presencia hizo conducir á Jesús, y mostrándole de nuevo al pueblo, dijo: "He aquí á vuestro Rey."

Peró un rugido respondió: "¡Quítalo, crucifícalo!"

Y Pilatos, taciturno y contristado, repuso: ¿Debo yo crucificar á vuestro Rey?

—No tenemos á otro Rey más que al César.

¡Con esta suprema villanía renunciaban á su odio secular contra los extrangeros, cuyo prolongado yugo no soportaban; y renunciaban también á aquel Rey de Judá prometido, esperado y anhelado como libertador! Aunque se pierda todo, patria, bonor é independencia, con tal que Jesucristo sea colgado en el madero infame de la Cruz!

Con la magestad de representante de Roma, Pilatos pronunció la fórmula tradicional:—"I, lictor, expedi cruce[m]" Anda, lictor, á preparar la Cruz. Y lanzando una mirada despectiva sobre aquella turba enfurecida, se levantó de su asiento y salió de la estancia.

Era easi la hora de sexta; estaba próximo el medio día.



## EL CAMINO DEL CALVARIO.



**U**RGE poner manos á la obra. Es necesario realizarla prontamente; se acerca el gran Sábado y todo debe quedar cumplido antes de que comience la grandiosa solemnidad. Vencieron al fin: ¡El odiado Nazareno penderá de la Cruz! Hace apenas cinco dias que era saludado con el hosana triunfal por aquellos mismos que arden ahora en deseos de verle en el infame madero. Entre los que quieren la muerte del Maestro, se encuentran los que á su paso le tendían palmas, los que presenciaron sus milagros, algunos de los que de El recibieron el alivio y muchos de los que participaron del milagro de la multiplicación de los panes y de los peces. ¡Allí están también, empiñándose sobre sus piés, para gozarse en el martirio de Jesús, los niños que fueron bendecidos y acariciados